

Nina Gerassi-Navarro*

Joaquín Murieta: ícono de una modernidad disputada* *

Joaquín Murieta: Icon of a Disputed Modernity

Resumen

En este ensayo se analizan algunas de las reinscripciones literarias del bandido fronterizo Joaquín Murieta, con el fin de repensar las cuestiones limítrofes y la construcción de las identidades nacionales más allá de las relaciones espaciales y lingüísticas. Las reinscripciones culturales de Joaquín Murieta sirven para repensar el proceso de desterritorialización y la construcción de nuevas cartografías socioculturales. Por lo tanto, las leyendas y los mitos de Murieta pueden ser el punto de partida para pensar la identidad como producto de una práctica cultural, que ya no depende necesariamente de una geografía o de una lengua.

Palabras clave: Joaquín Murieta, bandido, cultura fronteriza, nación, crítica cultural

* Profesora Asociada en Tufts University de Boston, donde enseña Literatura Latinoamericana y Cine desde el 2005. Correo electrónico: Nina.Gerassi@tufts.edu.

** Sobre la grafía del apellido de Murieta (Murrieta), ver las observaciones de Robert McKee Irwin en su ensayo publicado en este mismo número de *Cuadernos de Literatura* y las notas 7 y 12 del presente ensayo (N. del E.).

Abstract

This article analyzes a few of the literary reinscriptions of frontier bandit Joaquín Murieta, in order to rethink border issues and the construction of national identities beyond spatial and linguistic relations. The cultural reinscriptions of Joaquín Murieta make it possible to reconsider the process of de-territorialization and the construction of new socio-cultural cartographies. Thus, the Murieta myths and legends may serve as the point of departure for the rethinking of identity as the product of a cultural practice that no longer necessarily depends on a geography or a language.

Key words: Joaquín Murieta, bandit, frontier culture, nation, cultural criticism

Identidades dúctiles

La creación de fronteras territoriales, límites específicos, tangibles, que reglamentan las delimitaciones del espacio físico, ha sido incapaz de evitar los conflictos territoriales entre naciones y Estados. Las continuas reinscripciones nacionales en el mapa mundial de los últimos años lo confirman¹. La inestabilidad del orden es una marca indeleble de nuestra modernidad que reconfigura nuestras nociones de centro y periferia continuamente, desestabilizando el patrimonio simbólico de valores y de poder. Desde campos diferentes, críticos como Ernst Renan (1887), Benedict Anderson (1983), Ernest Gellner (1983) y Homi Bhabha (1990), entre muchos otros, han articulado la dificultad de definir la nación apelando a conceptos metafóricos como “un espíritu”, “un principio” o “una hermandad”. En décadas recientes se ha repensado la cuestión limítrofe, introduciendo nuevas nociones como el tercer espacio, el lugar intermedio, el nepantla, para intentar desarmar la arbitrariedad de la división binaria de los límites y expandir el concepto topográfico de espacio. Resulta imposible forjar una representación fija de la identidad, ya sea nacional, cultural o política², en términos absolutos y permanentes. Las identidades siempre han sido múltiples y cambiantes; su fluctuación no se debe a la falta de anclaje en el tiempo y espacio o a su fragmentación, rasgos clave de la identidad postmoderna³, sino a que las identidades circulan a través de múltiples espacios y tiempos específicos, que las redefinen. La cuestión de las identidades debe entenderse contextualmente. Lo determinante es el lugar de la enunciación, desde dónde y en qué circunstancias se articula la afirmación de una identidad y en relación con qué ejes.

¹ Desde 1990 se han creado o redefinido veintiocho naciones. Para un listado reciente, véase: www.factmonster.com/spot/countries1.html

² Véase, en particular, a Gloria Anzaldúa, Timothy Powell, José David Saldívar y Ed Soja.

³ Véase Celeste Olalquiaga, “Vulture Culture”, 92.

La figura del bandido revive una historia de negociaciones o enfrentamientos, por lo general violentos, que han marcado el proceso de modernización del desarrollo político, nacional y cultural de la identidad latinoamericana. Dichos enfrentamientos se pueden leer como las puntualizaciones de algunos de los momentos clave de transición. El bandido evoca una cuestión de legalidad/ilegalidad. El bandido roba, asalta, usurpa, su mera presencia es un desafío a la autoridad, que lo ubica en una zona de otredad, una identidad alternativa. El bandido se define a partir de su oposición al Estado, que se presenta como emblema de la ley; pero dependiendo del tipo de Estado, puede representar valores progresistas o conservadores –aunque Eric Hobsbawm insiste en que el bandido social generalmente representa una afirmación de valores tradicionales por su resistencia al cambio que impone el poder capitalista– (42). La presencia del bandido cuestiona el tipo de delimitaciones que se establecen en un determinado momento, y expone el funcionamiento o fallas de dicha forma de delimitación. Su desplazamiento por la periferia del territorio nacional expone los ejes ante los cuales el poder del Estado define una identidad y excluye otras. Pero, a pesar de esta oposición, no existe una única categorización del bandido. Así surgen imágenes contrapuestas del bandido como héroe o traidor que, a través de su movilidad espacial y temporal, se yuxtaponen sincrónica y diacrónicamente. A veces, desde distintas fronteras territoriales, dichas imágenes se convierten en una identificación cultural o nacional más global que simplifica al otro. En los Estados Unidos, sobre todo, en las regiones cercanas a la frontera, la imagen del inmigrante mexicano a menudo se reduce estereotípicamente al *wetback*, subrayando su ilegalidad, cuyo origen proviene del siglo XIX; en México los bandidos de la revolución son parte del imaginario nacional heroico, pero otros bandidos, como aquellos que circulaban por el país durante la primera mitad del siglo, ejemplifican el caos social⁴.

La historia de Joaquín Murieta, bandido del siglo XIX en la región de California, permite analizar algunas de las inscripciones identitarias territoriales que se impusieron a mediados de siglo, inscripciones en lo que respecta a las divisiones políticas entre naciones (los Estados Unidos vs. México) y cuyas consecuencias repercutieron en las divisiones que se establecieron entre etnicidades (lo anglo, lo latino y lo indígena), la noción de patrimonio cultural e, inclusive, entre divisiones territoriales que se establecen hoy entre campos de estudio (Chicano, American o Latin American Studies).

Los relatos sobre la vida de Joaquín Murieta son numerosos y están dispersos en periódicos, corridos, relatos orales, novelas y obras de teatro en los Estados Unidos, Latinoamérica y Europa. Las variantes de dichas reconstrucciones cargan su historia de diferentes significados, exhibiendo los conflictos de la construcción de la identidad

⁴ Véase Laura Solares Robles. Para un excelente análisis de la complejidad del paradigma literario del bandido en la construcción nacional latinoamericana, véase Juan Pablo Dabove (2007). Para algunos ejemplos literarios en la literatura decimonónica mexicana, que complica la noción de bandido, María Zaldoundo (2007).

nacional. En su estudio sobre el bandidismo social, sin explicar en qué basa su aseveración, Eric Hobsbawm afirma categóricamente que Murieta fue un bandido ficticio: “Sabemos que Joaquín Murieta de California es un invento literario”. Pese a ello, éste forma parte de su “estudio estructural del bandolerismo como fenómeno social” (23). Críticos como Frank F. Latta (1980) y Manuel Rojas (1986) se enfocan en su historicidad, analizando los documentos que prueban su existencia. Otros críticos analizan las narrativas, junto con la información periodística y de archivos para centrarse en la construcción de las leyendas y mitos de Murieta (Thornton, Leal, Irwin). Leídos en su conjunto, las reconstrucciones biográficas de Murieta, ya sean reales o inventadas, ofrecen un mapa de los conflictos históricos de la frontera entre angloamericanos, mexicanos y, hasta cierto punto, indígenas norteamericanos a través de los siglos⁵. Por lo general, los relatos presentan a Murieta como un trabajador mexicano que emigra al norte de California poco después de firmarse el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848. Su presencia en la Alta California coincide con el auge de la fiebre del oro. A pesar de sus esfuerzos (“honestos” para algunos, oportunistas para otros) por progresar en el norte, Murieta encuentra una enorme hostilidad de los angloamericanos, quienes eventualmente lo asaltan y lo obligan a defenderse de un crimen injusto. El enfrentarse a sus agresores —ciudadanos legales aunque sean brutales— lo coloca del otro lado de la ley. De allí en más, como con la mayoría de los célebres bandidos, cometerá vengativamente innumerables crímenes despiadados por la región, en particular en la comarca de Calaveras. El Gobierno estadounidense pondrá precio a su cabeza, y, eventualmente, “el patriótico” capitán Harry Love y sus *rangers* californianos lo vencerán en 1853. La marca de triunfo será la exhibición de su cabeza en un jarro de formol en Stockton (California) y el descuartizamiento de un cuerpo que hasta su muerte había resistido incólume ante las fuerzas angloamericanas⁶.

Si bien las ficciones se afirman en la historia para corroborar su legitimidad, son estos mismos relatos los que le han dado fuerza a la vida de Murieta, y lo han convertido en un bandido de carne y hueso con un pasado y crímenes definidos. Bruce Thornton en *Searching for Joaquin: Myth, Murieta and History in California* (2003), Luis Leal y, más recientemente, Robert Mckee Irwin presentan una excelente recopilación de la documentación de los múltiples Joaquines reales y ficticios que circu-

laron durante la época (Leal, 2002; Irwin, 2007). Según Leal, el primer dato oficial que hace referencia a Joaquín Murieta aparece en el diario Alta California de San Francisco, el 15 de diciembre de 1852 (xvi). Después, siguieron numerosas referencias al bandido, ya sea como Murieta o Murietta, y muchas más como Joaquín. Leal insiste en que Joaquín era un nombre común entre californios, que aparece entre los expedicionarios del siglo XVIII, de allí los nombres del río, del condado e, inclusive, del valle donde transcurren los eventos pertinentes a Joaquín Murieta. Según Leal, el nombre Joaquín se usó para identificar indiscriminadamente a bandidos mexicanos entre 1850 y 1851 (xii), y el hecho de que circulaban por la misma época numerosas referencias a “Joaquín” sin apellido, explica la multiplicación de crímenes que se le asignaron a Joaquín Murieta⁷.

Uno de los aspectos clave en la reconstrucción de la vida de Murieta es la apropiación de su historia. Para los latinoamericanos, Murieta es un bandido mexicano, que resistió e, inclusive, burló las fuerzas estadounidenses. En este sentido, y ayudado por las ficciones que lo immortalizan, Murieta encarna al bandido social de Hobsbawm. Es el bandido noble, tipo Robin Hood, que inicia su carrera fuera de la ley “como víctima de la injusticia, o debido a la persecución de las autoridades por algún acto que éstas, pero no la costumbre popular, consideran criminal” (59). Hobsbawm ubica a Murieta en la categoría de vengador por sus violentas represalias, aunque le reconoce algunas características del bandido noble (80).

Para los Estados Unidos, la historia de Murieta se registra como una de las manchas imborrables del legado triunfal de la “república dorada” angloamericana, en la que confluyen las traumáticas historias de desplazamientos de indígenas y mexicanos, acompañadas por imágenes de salvajismo y brutalidad. En estas ficciones, Murieta personifica los estereotipos de atraso y de violencia que se les asignan a los mexicanos. Su historia figura en el corpus de la literatura norteamericana (entendida como *American Studies*), en gran medida porque el texto que funda su leyenda es de un indígena norteamericano cherokee, John Rollin Ridge o Yellow Bird, cuya novela se titula *The Life and Adventures of Joaquín Murieta, the Celebrated California Bandit* (1854).

Según esta versión, Murieta era un hombre tranquilo y pacífico que partió hacia el norte, “cansado del estado incierto de los asuntos en su país, las usurpaciones y

⁵ La más reciente de estas reinscripciones contemporáneas es *La máscara del Zorro* de Steven Spielberg (1998). En esta última versión cinematográfica, siendo niño, Alejandro Murieta (Antonio Banderas) ve a su hermano Joaquín Murieta morir a manos del capitán Love, y jura vengarse. Lo logrará al hacerse discípulo del verdadero Zorro, quien le enseñará cómo ser “Zorro”. Para un interesante análisis de cómo se reconfigura la noción de hispanidad en la película, véase Nadia Lie.

⁶ La cabeza fue exhibida en el museo de San Francisco hasta que en 1856 partió de gira por el mundo, dando grandes beneficios a su dueño. Aparentemente, la cabeza, ya en bastante mal estado, siguió exhibiéndose en una taberna en San Francisco hasta que desapareció en el terremoto de 1906 (Pitt, 82). Otras versiones aclaran que la cabeza de Murieta fue exhibida junto a la mano de su cómplice más cruel, Manuel García, conocido como Jack de Tres Dedos (Three-Fingered Jack).

⁷ Los cinco Joaquines (Carrillo, Ocomoreña, Valenzuela, Botellier y Murrieta) aparecen enumerados en el Estatuto del condado de Mariposa, aprobado el 17 de mayo de 1853, que autoriza a Harry S. Love a capturar las bandas de los cinco Joaquines (Latta, citado en Leal, xxiii). Evidentemente, las autoridades no pudieron discernir entre individuo y crímenes; sin embargo, a pesar de que diferentes crímenes se adjudicaron a diferentes autores, todos quedaron bajo el rubro de crímenes perpetuados por Joaquín, y el más importante de todos, Joaquín Murrieta. En este ensayo, utilizo el apellido Murieta, conocido así en Latinoamérica (desde donde yo leo), y que probablemente haya sido el apellido original español. La distinción entre nombres subraya la diferencia ideológica de las apropiaciones: Murrieta, como personaje de frontera; Murieta, como figura menos localizada, que se extiende a múltiples pertenencias.

revoluciones tan comunes, y resolvió probar fortuna entre la gente americana de la cual tenía una opinión favorable”⁸. Abandona su primer trabajo de minero por causa de una pandilla de hombres descarriados (*lawless* es el término que usa Ridge) y racistas, que lo desalojan por mexicano. Luego, mientras visita a su medio hermano en el norte, lo acusan de haber robado un caballo. Una barra de gente enfurecida lo persigue atándolo a un árbol, y lo flagela en público; luego ahorca a su hermano. “Fue entonces que el carácter de Joaquín cambió, súbita e irrevocablemente”, explica el narrador, “su alma se hinchó más allá de los límites y las barreras de su honor se desmoronaron a su alrededor, vapuleadas en átomos, cual terremoto, por la brutal pasión que estremeció su corazón” (12). Ante la violencia irracional e injusta de los angloamericanos, Joaquín jurará venganza, y atormentará la región con sus crímenes brutales.

Si bien el conflicto se plantea entre mexicanos y angloamericanos, se entrecruzan en la topografía local, indios tejones y californios, chinos, alemanes, franceses. Como nos recuerda John Lowe, con un sentido crítico, la novela se recupera por su mensaje “didáctico” del sueño americano que sobrevive gracias a la apropiación espacial de una identidad por la cual otros deben ser excluidos (Lowe, 104). Pero en este contexto, si bien Murieta es mexicano, su historia pertenece metonímicamente a los cherokees. *Yellow Bird*, el autor, comparte con Murieta una historia de desplazamiento y despojo. Así como California dejó de ser territorio mexicano, el estado de Georgia dejó de ser territorio de la nación cherokee cuando en 1838 el ejército de los Estados Unidos trasladó por la fuerza a los cherokees hasta Oklahoma, en la traumática Travesía de Llanto (*Trail of tears*). La analogía espacial también une a indígenas y mexicanos. El editor del texto de Ridge anuncia en su prefacio que el autor “es un ‘indio cherokee’ nacido en los bosques –criado en el medio del terreno más salvaje– y familiar con todo lo sensacional, temible y trágico de la vida del bosque” (Ridge, 2). El habitante salvaje, que vive en la naturaleza salvaje, y que, por ende, se comporta como bárbaro deberá ser desplazado por la civilización. Los críticos angloamericanos encontrarán otras similitudes entre Ridge y la figura de Murieta para justificar su lectura del texto como una historia de indígenas norteamericanos, o por lo menos para poder contener su historia dentro de sus confines territoriales. Esta es la lectura que hacen Louis Owens, Eric Sundquist y Karl Kroeber, entre otros, de la novela de *Yellow Bird*⁹.

Como una estrategia para paliar su mirada etnocéntrica, algunos críticos angloamericanos usan la conexión entre la experiencia de Ridge y Murieta para expandir la glosa topográfica de la novela. John Carlos Rowe lee el texto como “una acusación razonable de la violencia sin restricciones de la ley, ya sea la violencia anárquica que

experimentó [Ridge] personalmente a raíz de los desasosiegos políticos del traslado cherokee o en las minas de oro de California” (154). Su lectura, sin embargo, se centra en lo que Murieta pierde, es decir, la posibilidad de ser americano, pues Rowe asume que Murieta esperaba que los Estados Unidos le ofrecieran la protección de sus derechos individuales y de familia que su México natal era incapaz de garantizar (159). Pero esta lectura parte de una visión que supone que los Estados Unidos representan la afirmación de la ley y de las libertades individuales, que se extienden a toda la sociedad. La lectura de Rowe es una crítica de las fallas de los Estados Unidos, pero no hay un cuestionamiento ni interpelación de lo que representa este país para otros. John Lowe, por su parte, inteligentemente analiza la semiótica espacial de la novela para sondear las batallas que coartaron su desarrollo individual; pero el paisaje jamás deja de ser (norte)americano, de allí que la identidad que ambos críticos analizan es la formación de lo americano en sentido nacional (o sea estadounidense), no lo americano en sentido continental. Ambas lecturas reconocen que el texto de Ridge “marca un momento clave en la historia americana” (Lowe, 109); sin embargo, sus miradas están selladas por un concepto monolítico de identidad americana, que se constituye a partir de la frontera política, donde lo mexicano está fijado del otro lado (pero que supuestamente desea ser parte del “sueño americano”) y lo indio deberá estar contenido dentro de las fronteras internas, pero claramente distinguibles. Estas lecturas, aunque bien intencionadas, siguen reproduciendo el apropiamiento y vaciamiento cultural que ha caracterizado la colonización estadounidense del espacio americano, inclusive de las mismas fronteras.

Sin repetir los exhaustivos resúmenes de las diferentes reescrituras que se han elaborado de la vida de Murieta, que otros críticos ya han hecho en detalle, es importante notar que la historia de Ridge aparece plagiada, muchas veces y en varios idiomas, inclusive de forma anónima a partir de 1859. En 1862, Robert Hyenne lo hará en francés, cuya versión será traducida con modificaciones al español por el periodista chileno Carlos Morla Vicuña (1867), quien convertirá a Murieta en bandido chileno¹⁰. Seguirán numerosas reediciones, cada una con modificaciones propias¹¹. Así, la fecha de nacimiento de Murieta oscilará entre 1829 y 1809, año que da el diccionario Porrúa, con el lugar de origen Trincheras, Sonora, Villa de Catorce, Jalisco o, según Pablo Neruda e Isabel Allende, Valparaíso (Chile). En algunas versiones, los estadounidenses violan y matan a la mujer de Murieta (Rosita en la versión de Ridge, pero en otras, Teresita o Carmen). En 1904 se le adjudica a Ireneo Paz, periodista, abogado y abuelo de Octavio Paz, la autoría de otra versión: *Vida y aventuras del más célebre bandido*

⁸ (Ridge, 8). Todas las traducciones son mías salvo aquellas en que se especifique su traductor.

⁹ Owens afirma que el texto de Ridge “es un acto de apropiación disfrazado, un enmascaramiento agresivo y subversivo” (33); mientras Sundquist considera que se puede leer como “una afirmación indirecta justificando la venganza contra los blancos por parte de los Indios, ya sean de California, Georgia u Oklahoma” (211).

¹⁰ Luis Leal rastrea las numerosas ediciones y traducciones apócrifas que se producen del texto original de Ridge.

¹¹ Thornton, Leal, Irwin y Palazón Mayoral ofrecen una detallada lista de las reinscripciones, entre ellas, versiones anónimas publicadas en diarios locales.

*sonorense Joaquín Murieta: sus grandes proezas en California*¹². Paz le devuelve a Murieta su identidad mexicana, retratándolo como un dirigente ultrajado, que busca recuperar California para los mexicanos. Su relato abre con Murieta trabajando en las caballerizas del presidente López de Santa Anna. Celos y pugnas internas (que evocan la corrupción del Estado mexicano) lo llevan a partir con su esposa (ya no su compañera) hacia los Estados Unidos, lugar anhelado por Murieta:

[A]squeado de la debilidad de su gente, a veces lamentaba no haber nacido en la tierra de la independencia y libertad. A menudo comparaba la vagancia, lasitud, apatía y carácter sumiso de sus compatriotas con la energía, actividad y progreso de los americanos, sobre todo su amor eterno a la libertad (4).

Dichos sentimientos se dispararán una vez que Murieta encuentre a su hermano ahorcado y que una banda de americanos desenfrenados violen y maten a su esposa por ser mexicana. El sueño americano es un peligroso espejismo para los mexicanos en el texto de Paz; éstos deben tomar las armas y luchar por sus propios derechos sin jamás cederlos. Este subtexto se entiende en relación con el contexto político en que escribe Paz. A pesar del aparente orden y de los avances económicos bajo Porfirio Díaz, muchos veían la paz porfiriana como un falso bienestar, y lamentaban la pérdida de los ideales revolucionarios, entre ellos, el mismo Paz¹³. Esto quizá explique que Paz inserte en su versión ciertos elementos que refuerzan la importancia de la lucha como modo de supervivencia y como defensa de las libertades.

Fracasos del orden

La historia de Murieta debe ser entendida como parte de múltiples cánones, porque las apropiaciones de su historia se deben justamente al desdibujamiento de fronteras e identidades que su relato otorga a partir de los violentos enfrentamientos políticos. Sin duda, la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848 fue una de las más traumáticas inscripciones territoriales, por la cual los Estados Unidos de México cedieron a los Estados Unidos de América casi la mitad de su territorio a cambio de 15 millones de

¹² Si bien Ireneo Paz ha pasado a ser considerado su autor, es un error. Aparentemente, Paz sólo reeditó dicha edición, que publicó en su imprenta, sin especificar su autor. En 1925, Frances P. Belle tradujo dicha versión, afirmando a Paz como su autor. Según Leal, Paz meramente recuperó el texto haciéndole algunas modificaciones, como agregar en el título "sonorense". Posteriormente, Octavio Paz afirma, en su estudio de la "literatura hispana de y en los Estados Unidos", que el ciclo de Murieta comenzó con la obra de Ridge que luego fue evocada por otros. Entre ellos, el primero fue su abuelo. Paz también aclara que en el pasaje del inglés al español el nombre de Murieta adquirió una segunda "r"—¿quizá para compensar la mala pronunciación de los anglohablantes?— (citado en Leal, xxxv-xxxvi).

¹³ Ireneo Paz, *Algunas campañas, 1863-1876*. México: Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1944 (10), citado en Vanderwood (85).

dólares¹⁴. Entre los acuerdos, que formaron parte del tratado, el artículo X aseguraba que los derechos de propiedad de los mexicanos en dicho territorio debían respetarse, pero el artículo no fue ratificado por el Congreso estadounidense (Griswold del Castillo, 44-49). Al firmarse el tratado, California ya estaba habitada por un vasto grupo de nacionalidades: californios (hispanohablantes nacidos en California), trabajadores mexicanos y latinoamericanos, numerosas tribus indígenas (seris, pimas, tejones, yaquis, yumas), trabajadores chinos y colonizadores estadounidenses que habían ido llegando a California luego de la anexión de Texas en 1836¹⁵. Por otra parte, durante el álgido periodo de consolidación nacional de México, la región fronteriza siempre había sido marginal para el estado mexicano, cuyo eje central era indefectiblemente la ciudad de México y sus alrededores¹⁶. De allí que los californios reprocharan al Gobierno central su desatención, y se interesaran en el apoyo del Gobierno estadounidense. Luego del anuncio de descubrimiento de oro en la mina de Sutter¹⁷, llegarían mineros de Alemania, Perú, Chile, Inglaterra, Irlanda, Francia y Holanda, expandiendo los conflictos territoriales entre habitantes. Los conflictos y quejas oficiales ante las cortes estadounidenses terminaron con la imposición de una nueva legislación, como la ley de Tierra de 1851, que contradecía el tratado. De acuerdo con esta ley, si los rancheros no tenían validación adecuada para comprobar su tenencia, la tierra pasaba a manos del Gobierno estadounidense. Para verificar dichos títulos se estableció un consejo asesor que determinaba la validez de la documentación presentada (Board of Land Commissioners). Los documentos resultaron notoriamente "imperfectos" para las cortes norteamericanas, permitiendo que con los años el Gobierno estadounidense fuera heredando grandes extensiones de tierra (Griswold del Castillo, 73-74). A su vez, las disputas con los indios se volvieron un problema para las naciones de ambos lados de la frontera. El comisionado mexicano introdujo el artículo XI que responsabilizaba a los Estados Unidos por las hostilidades de las incursiones de los indios que se originaran desde ese lado de la frontera¹⁸. Bajo el tratado, los indios pasaron a ser doblemente desplazados. La Constitución mexicana de 1824 los había considerado ciudadanos mexicanos, pero, al transferirse las tierras al Gobierno estadounidense, no pasaron a ser ciudadanos como tales ni tampoco recibieron la protección mexicana¹⁹.

¹⁴ México cedió por esa suma un millón doscientos mil kilómetros, una tercera parte de lo que hoy son los Estados Unidos, es decir, la totalidad de los estados de California, Arizona, Nevada y Utah y partes de Colorado, Nuevo México y Wyoming.

¹⁵ Para un análisis de las consecuencias de la colonización de Texas, véase Josefina Zoraida Vázquez. Sobre los abusos e injusticias ocasionados a los latinoamericanos durante esta época, véase Pitt, especialmente el capítulo IV.

¹⁶ De hecho, el general Santa Anna había propuesto la frontera norte como una zona intermedia para separar las dos repúblicas. Véase Griswold del Castillo, 63.

¹⁷ El oro fue descubierto el 22 de enero de 1848, pero se mantuvo en secreto hasta después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de 1848.

¹⁸ Dicho artículo fue eliminado por el Tratado de Gadsden en 1854.

¹⁹ Dicha protección estaba estipulada por el artículo VIII del tratado.

Del mismo modo, después del tratado los rancheros californios, que antes habían desaprobado al Gobierno mexicano y fueron inicialmente receptivos a los cambios, terminaron siendo desclasados al ser catalogados como mestizos “mongrel race” por los estadounidenses. Así, las leyes y las negociaciones paralelas se volvieron en los Estados Unidos un instrumento legal o de fuerza que legitimaba, a los ojos de algunos, la violencia y la opresión contra los extranjeros.

El despojo de tierras e identidad mexicanas durante los años subsiguientes inspiraría la recuperación de la figura de Murieta como símbolo de resistencia dentro de los Estados Unidos, en particular, con el auge del movimiento chicano de los años sesenta. Rodolfo “Corky” Gonzales, ex boxeador y dirigente chicano, recupera en su poema épico una de las respuestas desafiantes de Murieta que se repite en las diferentes versiones y que afirma su valor cuando grita a sus contrincantes con orgullo: “¡Yo soy Joaquín! ¡Mátenme si pueden!” (Ridge, 87). En el poema, escrito en inglés (“I am Joaquín”, 1967), Gonzales reivindica el espacio de la frontera, apropiándolo para la nación chicana y extendiendo sus límites crónológicos y culturales por entre las vísceras de los Estados Unidos e, inclusive, de México: “Yes/I have come a long way to nowhere, / Unwillingly dragged by that / monstrous, technical / industrial giant called / Progress / and Anglo success [...]”²⁰. Ese no lugar, o lugar entre medio, invisible, hacia el cual han sido llevados los mexicanos de la frontera (ni de aquí ni de allá) se desvanece en el poema para cobrar una enorme presencia física a través del pueblo chicano. Murieta es la personificación del espíritu y la nación chicanos²¹. La hibridez lingüística y territorial confluyen en esta reinterpretación en un intento de desafiar los límites (territoriales, políticos, culturales, lingüísticos) impuestos, primero, por la Conquista y, luego, por el tratado que selló la guerra entre México y los Estados Unidos. Gonzales hace que Murieta se proyecte retroactivamente recuperando su derecho de lucha por todo lo que les ha sido robado a los habitantes de la tierra desde la Conquista en adelante²². Pero, el Murieta chicano sigue tomando como punto central de referencia el espacio angloamericano, quiere recuperar su derecho a existir dentro de los Estados Unidos. Apelará a un pasado mexicano, inclusive al pasado anterior a la Conquista como justificación de su derecho a las tierras, pero no busca borrar las fronteras; por el contrario, las reconoce. Quiere ser libre dentro de esa frontera territorial.

Más marcada es la reconfiguración del espacio geográfico que Pablo Neruda construye en su obra de teatro *Fulgur y muerte de Joaquín Murieta* (1967), donde

²⁰ “Sí / He venido desde muy lejos hacia ninguna parte, / arrastrado sin querer por ese / monstruoso gigante industrial / de la tecnología que llaman / Progreso / y el éxito angloamericano [...]”.

²¹ McKee Irwin explora las diferentes reacciones dentro del movimiento chicano frente a la interpretación de Gonzales (Irwin, 2007, 75-83).

²² Gonzales se refiere no sólo a los mexicanos sino a los indios que habitaban esas tierras antes de la llegada de los españoles, culpando así a ambas naciones de la frontera.

Murieta, nacido en Valparaíso, parte hacia el norte en busca de oro²³. El Murieta de Neruda se asemeja más a los grandes bandidos románticos tipo Rob Roy de Walter Scott. La obra tiene un coro al estilo griego que narra los eventos contextuales. Este formato ayuda a darle cierto aspecto mítico al héroe, que Neruda envuelve en un manto político para articular el enfrentamiento, ya no entre los Estados Unidos y México, sino con toda Latinoamérica. Al llegar a los Estados Unidos, Murieta se encuentra con otros latinoamericanos (argentinos, peruanos, mexicanos, chilenos) con quienes constituye una fuerte comunidad. Los estadounidenses se sienten amenazados con tanto extranjero, y matan a diecisiete hombres simplemente por no ser “güeros”. Mientras tanto, los vigilantes, encapuchados a la Klu Klux Klan, articulan los deseos expansionistas de los Estados Unidos declarando “Es nuestro absoluto destino extendernos hasta hacernos dueños de todo el continente que la Providencia nos ha entregado para el gran experimento de la libertad [...] Sólo la raza blanca!” (230-31). Después de que matan a Teresa, pero antes de que Murieta aparezca en escena, los indios se unen a su causa. El quinto cuadro cierra con la voz del poeta: “Y sale del largo letargo en la sombra un lucero y el pueblo dormido despierta ligero siguiendo la huella escarlata de aquel guerrillero, del hombre que mata y muere siguiendo una estrella” (142)²⁴. Neruda establece una alianza entre indígenas norteamericanos y latinoamericanos a través de la figura guerrillera de Murieta, anclada en los sesenta con la guerra de Vietnam y los enfrentamientos raciales de los Estados Unidos como puntos de referencia explícitos. Para Neruda, California es un espacio amorfo, que ha perdido su identidad al albergar una cultura asesina como la estadounidense. La única vía de salvación es extirpar el mal y recolonizarla por la fuerza. El discurso sesentista resuena claramente en la interpretación de Neruda. Murieta continúa como mito porque su lucha vuelve visibles las injusticias del expansionismo imperial de los Estados Unidos que, en manos de Neruda, llega hasta el siglo XX.

Ícono del futuro

La figura de Murieta no sólo articula el aspecto bifronte de héroe y traidor que se le asigna al bandido, sino que además demuestra cómo un mito o leyenda continúa generándose según el contexto, de allí que su simbolismo continúe multiplicándose. Su historia expone en diferente grado la problemática de la migración, la desterritorialización, el nacionalismo y el racismo que engloban las diferentes transformaciones del proceso de colonización. En su análisis de la vida de santos, Hippolyte Delehaye

²³ Si bien Neruda no ofrece ninguna explicación, es cierto que, de todos los latinoamericanos que partieron a las minas de California durante este periodo, los chilenos fueron mayoría (Pitt, 53). Años más tarde, Isabel Allende, en su novela *Hija de la fortuna* (1999), también evocará a Murieta como parte del pasado chileno. Para un estudio comparativo de ambos textos, véase Yanira Paz.

²⁴ La estrella no sólo simboliza su luz y guía espiritual, sino que además, en un acto notoriamente patriótico, evoca el emblema nacional: la bandera chilena.

distingue entre mito y leyenda, subrayando que la leyenda “tiene por necesidad una conexión histórica o topográfica” (7). Es decir que, si bien las leyendas narran eventos imaginarios, están asignadas a una persona real y ocurren en un lugar concreto y real, aun cuando esos eventos no hayan ocurrido. Las leyendas de Alejandro Magno o de Julio César son algunos de los ejemplos que cita. El mito, en cambio, no tiene ese anclaje en la historia, es más bien un relato que explica ciertos poderes o ideas abstractos. Delehayne hace una lectura tradicional del mito, citando las historias de dioses y héroes griegos. A pesar de ello, perceptivamente reconoce que tanto el mito como la leyenda son formas narrativas, que, con el tiempo, sufren cambios y modificaciones que desdibujan los límites específicos entre géneros. Ésta es precisamente la lectura que hace Roland Barthes del mito, más de cincuenta años después (1982). Partiendo del trabajo de Claude Lévi-Strauss, quien recalcó la naturaleza abierta y repetitiva del mito arraigado en el lenguaje (209), Barthes presenta al mito como un modo de significación, una forma (dada por el lenguaje) determinada por su intención: “El mito no puede estar definido por su objeto ni por su material, pues todo material puede estar imbuido arbitrariamente de significado” (110). El elemento clave para Barthes, que le permite afirmar que todo puede convertirse en un mito, es el aspecto valorativo, “la verdad no es garantía; nada evita que [el mito] sea una eterna coartada” (123). Barthes considera que el mito parte de la historia para vaciarla y convertirse en diferentes significados. El mito es esencialmente un robo:

[D]estruye la complejidad de los actos humanos, les da la simplicidad de la esencia, elimina toda dialéctica, la posibilidad de volver más allá de lo inmediatamente visible, organiza un mundo sin contradicciones porque no tiene profundidad, un mundo abierto de par en par, un mundo abierto a la evidencia, establece una claridad feliz: las cosas parecen significar por ellas mismas. (143)

Las acciones de Murieta ocurren en un espacio concreto: el territorio de California, pero su historia se extiende más allá a través de las narraciones. Mito y leyenda a la vez, los relatos sobre Murieta son producto de las divisiones políticas, que se imponen a una geografía y su gente a ambos lados de la frontera. No obstante, la imposición de fronteras políticas no significa que la topografía espacial quede simultáneamente reconfigurada.

Las reinscripciones de Joaquín Murieta sirven para repensar el proceso de desterritorialización y la construcción de nuevas cartografías socioculturales. Son principalmente los estudios de frontera (*Border Studies*) o estudios chicanos, los que, con el fin de promover un diálogo significativo a través de culturas e idiomas dentro de los estudios culturales americanos (*American Studies*), se han enfocado en estas reinscripciones²⁵.

²⁵ McKee Irwin argumenta con lucidez los límites de estos diálogos y las dificultades de establecerlos, cuando los críticos norteamericanos que trabajan el tema de la frontera, por lo general, no leen español, mientras que los hispanohablantes están mucho más informados de la producción cultural norteamericana y latinoamericana sobre la frontera (2001).

Vale la pena, sin embargo, expandir esas nociones territoriales para entender las diferentes configuraciones de las identidades y del imaginario colectivo más allá de una geografía limítrofe. Si, como afirma Arjun Appadurai, la modernidad ha entrado en una etapa de flujos reestructuradores (siendo los principales la migración e Internet), que desbordan los límites territoriales tradicionales, las historias de Murieta pueden servir para ilustrar cómo funciona el proceso de desterritorialización, cuándo se desdibujan los límites y, sin embargo, cómo nuevas pertenencias se construyen simultáneamente (19). La nación-Estado bien puede estar en vías de desintegrarse —como apunta Appadurai—, pero se debe aprender a leer los nuevos ejes estructuradores que permean el imaginario colectivo a través del tiempo y del espacio, y entender cómo funciona el reordenamiento de las prácticas simbólicas que reproducen los elementos identitarios que se desdoblan continuamente. Durante años, se pensó la identidad en relación directa, aunque no exclusivamente, con una frontera o territorio. Hoy, las leyendas y los mitos de Murieta pueden ser punto de partida para pensar la identidad como el producto de una práctica cultural que ya no depende necesariamente de una geografía o de una lengua.

Obras citadas

- Aguirre Bernal, Celso. *Joaquín Murieta. Raíz y razón del movimiento chicano [un enfoque histórico]*. México: Lito Publicidad Internacional, 1985.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso and New Left Books, 1983.
- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands. La frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Spinsters/Aunt Lute, 1987.
- Appadurai, Arjun. *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. [1996] Montevideo: Trilce, 2001.
- Barthes, Roland. *Mythologies [Mitologías]*. Trad. Annette Lavers. New York: Hil and Wang, 1982.
- Bhabha, Homi K. (edit.). *Nation and Narration [Nación y narración]*. London: Routledge, 1990.
- Burns, Walter Noble. *The Robin Hood of El Dorado. The Saga of Joaquin Murieta, Famous Outlaw of California's Age of Gold*. [1932] Albuquerque: U of New Mexico Press, 1999.
- Castillo, Pedro y Albert Camarillo (eds.). *Furia y muerte: los bandidos chicanos*. Los Ángeles: Aztlan Publications, 2002.
- Cunningham, James Charles. *The Truth About Murieta, Anecdotes and Facts Related by Those Who Knew Him and Disbelieve His Capture*. Los Ángeles: Wetzel Publishing, 1938.
- Dabove, Juan Pablo. *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in Latin America 1816-1929*. Pittsburgh: U of Pittsburgh Press, 2007.
- Delehayne, Hippolyte. *The Legends of the Saints*. [1905] Trad. Donald Attwater. New York: Fordham University Press, 1962.
- Frazer, Chris. *Bandit Nation. A History of Outlaws and Cultural Struggle in Mexico, 1810-1920*. Lincoln: U of Nebraska Press, 2006.

- Garza, Humberto. *Joaquín Murrieta. A Quest for Justice!* San Jose, California: Chusma House Publications, 2001.
- Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.
- Gonzales, Rodolfo "Corky". "I am Joaquín". En: *The Latino Reader*. Ed. Harold Augenbraum y Margarita Fernández Olmos. Boston: Houghton Mifflin, 1997: 266-79.
- Griswold del Castillo, Richard. *The Treaty of Guadalupe Hidalgo. A Legacy of Conflict*. Norman: U of Oklahoma Press, 1990.
- Herrera-Sobek, María. "Joaquín Murieta. Mito, leyenda e historia". En: *Entre la magia y la Historia*. José Manuel Valenzuela Arce (coord.). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 2000: 163-74.
- Hobsbawm, Eric. *Bandidos*. Trad. Maria Dolores Folch y Joaquim Sempere y Jordi Beltrán. Barcelona: Crítica, 2001.
- Irwin, Robert McKee. *Bandits, Captives, Heroines, and Saints. Cultural Icons of Mexico's Northwest Borderlands*. Minneapolis: U of Minnesota Press, 2007.
- _____. "Toward a Border Gnosis of the Borderlands: Joaquín Murrieta and Nineteenth-Century U.S.-Mexico Border Culture". *Nepantla: Views from South*, 2.3: 509-37.
- Kroeber, Karl. "American Indian Persistence and Resurgence". *Boundary* 2.19 (1992): 1-25.
- Latta, Frank F. *Joaquín Murrieta and His Horse Gangs*. Santa Cruz: Bear State Books, 1980.
- Leal, Luis. "Introduction". En: Ireneo Paz. *Life and Adventures of the Celebrated Bandit Joaquín Murrieta: His Exploits in the State of California*. Houston: Arte Público Press, 2002: ix-cxiii.
- Lévi-Strauss, Claude. "The Structural Study of Myth". *Structural Anthropology*. Vol I. Trad. Claire Jacobson y Brooke Grundfest Schoepf. New York: Basic Books, 1963:206-31.
- Lie, Nadie. "Free Trade in Images? Zorro as Cultural Signifier in the Contemporary Global/Local System". *Nepantla. Views from South*, 2.3: 489-508.
- Lowe, John. "'I am Joaquín!': Space and Freedom in Yellow Bird's. The Life and Adventures of Joaquín Murieta, the Celebrated California Bandit". En: *Early Native American Writing. New Critical Essays*. Helen Jaskoski Ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1996: 104-21.
- Neruda, Pablo (1972). *Splendor and Death of Joaquín Murieta*. Bilingual ed. Trans. Ben Belitt. New York: Farrar, Straus and Giroux.
- Olalquiaga, Celeste. "Vulture Culture". En: *Rethinking Borders*. John C. Welchman Ed. Minneapolis: U of Minnesota Press, 1996: 85-100.
- Owens, Louis. *Other Destinies: Understanding the American Indian Novel*. Norman: U of Oklahoma Press, 1992.
- Palazón Mayoral, María Rosa. "Las verdaderas leyendas de Joaquín Murrieta". *Casa de las Américas* 191 (abril-junio, 1993): 37-49.
- Paz, Yanira. "Pablo Neruda e Isabel Allende: Las dos sagas de Joaquín Murieta". *Atenea: Revista de Ciencia, Arte y Literatura de la Universidad de Concepción*. Vol. 492 (julio, 2005): 31-44.
- Paz, Ireneo. *Life and Adventures of the Celebrated Bandit Joaquín Murrieta: His Exploits in the State of California*. [1904]. Trad. Francis P. Belle. Houston: Arte Público Press, 2002.

- Pitt, Leonard. *The Decline of the Californios. A Social History of the Spanish-speaking Californians, 1846-1890*. Berkeley: U of California Press, 1998.
- Powell, Timothy B. "Historical Multiculturalism: Cultural Complexity in the First Native American Novel". En: *Beyond the Binary: Reconstructing Cultural Identity in a Multicultural Context*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1999.
- Renan, Ernst. "What is a Nation?". En: *Nation and Narration*. Homi Bhabha, ed. London: Routledge, 1990: 8-22.
- Richard, Nelly. "The Cultural Periphery and Postmodern Decentering: Latin America's Reconversion of Borders". En: *Rethinking Borders*. John C. Welchman Ed. Minneapolis: U of Minnesota Press, 1996: 71-84.
- Ridge, John Rollin (Yellow Bird). *The Life and Adventures of Joaquín Murieta, the Celebrated California Bandit*. [1854] Norman: U of Oklahoma Press, 1955.
- Rojas, Manuel. *Joaquín Murrieta 'El Patrio' (El 'Far West' del México cercenado)*. [1986] Sonora: Imágenes de Sonora, 2004.
- Rowe, John Carlos. "Highway Robbery: 'Indian Removal', the Mexican-American War, and American Identity in *The Life and Adventures of Joaquín Murieta*". *Novel: A Forum on Fiction*, 31.2 (1998): 149-73.
- Saldívar, José David. *Border Matters: Remapping American Cultural Studies*. Berkeley: U of California Press, 1997.
- Slatta, Richard W. Ed. *Bandidos. The Varieties of Latin American Banditry*. New York: Greenwood Press, 1987.
- Soja, Edward. *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and Other Real-and-imagined Places*. Malden, MA: Blackwell, 1996.
- Solares Robles, Laura. *Bandidos somos y en el camino andamos: bandidaje, caminos y administración de justicia en el siglo XIX. 1821-1855. El caso de Michoacán*. Morelia, México: Instituto Michoacano de Cultura, 1999.
- Sundquist, Eric. "The Literatures of Expansion and Race". En: *The Cambridge History of American Literature*. Vol. 2. Ed. Sacvan Bercovitch. New York: Cambridge University Press, 1994: 125-328.
- Thornton, Bruce. *Searching for Joaquín: Myth, Murieta and History in California*. San Francisco: Encounter Books, 2003.
- Valenzuela Arce, José Manuel. "Introducción". En: *Entre la magia y la historia*. José Manuel Valenzuela Arce, coord. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, 2000: 1-19.
- Vanderwood, Paul. *Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*. Wilmington: Scholarly Resources, 1992.
- Varley, James. *Legend of Joaquín Murrieta, California's Gold Rush Bandit*. Twin Falls, Idaho: Big Lost River Press, 1995.
- Vázquez, Josefina Zoraida. "The Colonization and Loss of Texas: a Mexican Perspective". En: *Myths, Misdeeds, and Misunderstandings. The Roots of Conflict in U.S.-Mexican Relations*. Eds. Jaime Rodríguez O. y Kathryn Vincent. Wilmington, Delaware: Scholarly Resources, 1997: 47-77.
- Zalduondo, María. "(Des)orden en el porfiriato: la construcción del bandido en dos novelas desconocidas del siglo XIX mexicano". *Decimonónica. Revista de Producción Cultural Hispánica Decimonónica* 4.2 (2007): 77-94.